

Leopoldo Abadía pide un *tupper*

Se hizo famoso a los setenta y cinco por un superventas inesperado: *La crisis ninja y otros misterios de la economía*. Después, a los de la tele les hizo gracia que tuviera doce hijos y cuarenta y nueve nietos y, además de ser un gurú económico, se convirtió de golpe y porrazo en un gurú de la vida familiar. Empezó a escribir en 2008 y en marzo iba a publicar su título número doce, pero el coronavirus lo desbarató todo. El hombre que nos explicó la crisis de hace una década no sabe si podrá explicarnos esta.

TEXTO *Teo Peñarroja [Com Fia 19]*
FOTOGRAFÍA *Ingrid Ribas [Com 12]*





SON LAS DOS DE LA TARDE Y **LEOPOLDO Abadía** ha bajado al bar de la esquina. Entra impecable en el garito, con corbata y pañuelo, con su bastón y su porte de ministro. Debe de venir mucho, porque la camarera, confianzuda, le llama **Leo**. Pide un *whisky* y, con la misma confianza, le dice que no se corte, que eche un chorrillo más. Está de muy buen humor. Le acompaña su hijo **Gonzalo**, el undécimo de doce y a la vez su *manager*. «Toda la vida trabajando... para que mi hijo sea ahora mi jefe», se queja. Apenas se sientan entra un chico espigado con el casco de la moto colgado del brazo. Es **Íñigo**, uno de los cuarenta y nueve nietos del famoso economista. Se casó hace un año con **Almu** y están esperando un bebé.

Íñigo, que no ha leído los libros de su abuelo sobre familia —aunque sí los tres primeros, los de economía—, acaba de llegar de Dublín de visitar a su hermano **Borja** mientras **Almu** se iba de viaje con sus amigas. «¡Qué cosas hacéis los matrimonios jóvenes de ahora!», comenta el patriarca.

Hace unos días, en el ascensor de una clínica, una señora le dijo a **Leopoldo Abadía**:

—Usted sale en la tele, ¡enhorabuena!

Se ve que en España, pensó el hombre, hay dos clases sociales: los que salen y los que no. «Y yo soy de los que salen».

Leopoldo Abadía se divierte siendo famoso. Da la sensación de que le importa un pimiento su fama, que se lo toma más bien como un *hobby*. Podría ser porque, cuando uno se pasa toda la vida trabajando y se hace famoso con setenta y cinco años, entonces ya le pillan de vuelta. El otro día descubrió su nombre en una lista de *celebrities* y le pareció divertidísimo porque no sabe lo que es una *celebrity*. Tiene una foto con **Belén Esteban** y **Mario Vaquerizo** que dice que venderá cuando vaya apurado de dinero. Para referirse a los famosos patrios dice «mis amigos de la farándula». A algunos los invita a una comida que suele organizar en verano. Se lleva muy bien, por ejemplo, con **Risto Mejide**, que le hizo caer en la cuenta de que él inventó el primer máster de España durante sus comienzos en el IESE. Se incorporó a la escuela de negocios en 1962. Con veintinueve añitos lo mandaron a Harvard junto con otros profesores jóvenes bajo la categoría de *faculty associate*.

—Es decir, que podías entrar en cualquier clase y hablar con quien quisieras —explica—. Pero no supimos a lo que íbamos hasta un mes más tarde. Cuando ya estábamos en la gloria bendita apareció **Antonio Valero**, el primer director del IESE, para decirnos que quería empezar un programa que se llamaría *máster*. Aunque no te lo creas, la palabra *máster* no existía, igual que no existía la palabra *móvil* ni tantas otras.

Uno de los profesores que estaban allí le preguntó a **Valero**: «¿Por qué le habéis puesto ese nombre?». Y **Antonio** dijo: «Por su honda raigambre académica».

—¡Fíjate! —sonríe ahora **Leopoldo**, al recordarlo—. ¡El primer máster de España lo puse en marcha yo! Y no me di cuenta hasta el año pasado. Me quedé muy contento de mí mismo cuando me lo dijo **Risto**.

Calcula que desde 2008 ha concedido más de mil entrevistas. Le encanta. Solo hay que ver lo bien que se lo pasa en el programa de **Buenafuente**.

Todo el *sarao* comenzó aquel año. Él escribía para sí mismo un diccionario de términos económicos para no perderse en la marabunta de información empresarial. Por ejemplo, si leía *concurso de acreedores*, escribía la voz en su diccionario personal y anotaba: la antigua suspensión de pagos. «Como no entendía la crisis —dice— me fui al IESE, cogí los papeles de allí y empecé a poner comentarios al margen, y me salió un vocablo que en vez de ocupar cuatro líneas era de seis páginas». *Crisis*: y seis páginas de definición. Lo dejó como un anexo sin firmar y se lo envió



Los bares ocupan un puesto muy importante en la producción literaria de Leopoldo Abadía, especialmente el que frecuenta para desayunar en San Quirico con sus nietos y, a veces, con un amigo. De esas conversaciones salen muchos artículos.

por correo electrónico a dos amigos que estaban en consejos de administración de empresas. Uno de ellos lo mandó a la papelera sin abrirlo, pero el otro no.

Al cabo de quince días un hijo suyo le llamó para decirle que aquello estaba corriendo por toda Barcelona. Será la clásica exageración, pensó él. Lo habrán leído el vecino de arriba y el del bar de abajo. Pero no: era toda Barcelona. Después de otras dos semanas el artículo llegó a su despacho con una nota que decía: «Seguramente os interesará. No sabemos quién lo ha escrito, pero por el estilo debe de ser un joven estudiante universitario». «¡Sí, señor!», dice él, jocosamente por el piro. La cosa, en fin, se fue de madre. Hubo un par de *aprovechateguis*, como diría **Rajoy**. Uno, que además resultó ser directivo de un banco importante, ya había hecho circular el artículo firmado por él. Y otro, «movido por pura admiración hacia usted», según le dijo a **Leopoldo**, había registrado la marca Leopoldo Abadía®.

Entonces fue cuando colgó el artículo en un blog que acumula ya cinco millones de visitas. Un poco después le llamaron de la editorial Espasa para pedirle que escribiera un libro. **Abadía** tenía la esperanza de que detrás de las palabras «le pondremos toda la ayuda que usted necesite» se escondiera la posibilidad de un amanuense de escritura, pero de eso nada. Era mucho cariño lo que pusieron, pero nada más que eso. Por fin, en enero de 2009 se publicó *La crisis ninja y otros misterios de la economía actual*.

Gonzalo Abadía dijo en una reunión con varios trabajadores de Espasa:

—Hagamos una porra: ¿cuánto decís que vendemos?

—Yo digo que siete mil —se atrevió **Ana Rosa Semprún**, directora de la editorial.

—Nueve mil —apuntó **Olga Aldeva**, editora.

—Noventa mil —dijo **Gonzalo**.

—Mira, **Gonzalo** —le explicó **Ana Rosa**—, es que en no ficción no se vende eso.

—¡Cien mil! —subió él la apuesta.

Al final vendieron ciento cincuenta mil, y **Leopoldo Abadía** se convirtió, de la noche a la mañana, en un gurú económico.

El mejor viaje de su vida lo hizo por su ochenta cumpleaños. Le habían invitado a dar una conferencia en un hotel de Girona.

Al entrar a un salón de actos abarrotado se dio cuenta de que toda aquella gente era su familia. Una familia que, más que tal cosa, es una tribu. Está formada por **Leopoldo y Elena** y sus doce hijos. **Blanca** es la primogénita. **Leo**, el segundo, se casó con **Regina**, se fueron a vivir a México y tuvieron a **Javi** (que a su vez se casó con **Gabriela** y tuvieron a **Gabrieli-ta** y esperan otro bebé), a **Rocío, Regina, Borja**, el que vive en Dublín, **Íñigo**, el que se ha casado con **Almu** y espera un bebé, **Teresa**, que estudia en Pamplona, **Carmen**, que también, **Fabiola, Poldi y Pepe**. **Javi**, el tercer hijo de los **Abadía**, se casó con **Mercedes** y tuvieron a **Bosco, Álvaro, Marta, Gonzalo e Inés**. **Carlos**, número cuatro, casado con **Maite**, tiene siete hijos: **Paloma**, que es la mayor de los que están en Navarra y es una sucursal del matriarcado en la Comunidad foral, **Blanca, Leyre**, que también estudia en la Universidad, **Cris**, ídem, **Itziar y Carlos**, que son gemelos o mellizos, sus hermanas no lo tienen muy claro, y **Beatriz**. La quinta hija del matrimonio, **Elena**, sufrió una poliomielitis de pequeña que la dejó limitada de movimientos, pero eso no le impidió estudiar Medicina y ejercer de médico, casarse con **Javi** y traer al mundo a **Miguel y Alejandro**. El sexto **Abadía, Jorge**, tiene con **Belén**, su mujer, a **Jorge, Katia y Elena**. **Fer**, el séptimo, se casó con **Vero** y tuvieron a **Gabriela, Íñigo, Manuela y Fer**. El octavo es **Rafa**, que se casó con **María Teresa**, a la que todos llaman **Chiqui**, y entre los dos criaron a **Pablo**, que tiene un don para imitar a la gente, a **Carolina**, a **Santi**, a **Nacho**, a **Alicia**, a **Guillermo**, más conocido como **Billy**, y a **Sol**. La novena **Abadía** es **Cris**, que se casó con **Pedro** y tuvo a **Pedro, María y Victoria**. **Mage**, la décima, casada con **Alberto**, trajo al mundo a **Javier, Gonzalo y Diego**. El undécimo, **Gonzalo**, que es el jefe del abuelo, tiene tres hijos con **Anna: Cecilia, Rafa y Gonzalo**. El pequeño, **Alfonso**, se casó con **Helena** y tuvieron a **Mateo y Catalina**. Si no

fallan las cuentas, salen setenta y siete miembros de la familia entre abuelos, hijos, nietos, bisnietos, cónyuges y bebés en camino. ¡Toda aquella gente reunida en un hotel de Girona para celebrar el ochenta cumpleaños del abuelo!

—Allí descubrimos que tenemos primos *guays* —cuenta **Pablo**, uno de los que estudian en Pamplona.

—Y fue superdivertido porque no dormíamos con los padres sino con los primos de nuestra edad —corrobora **Carmen**.

Además de ellos dos, se graduarán en la Universidad **Leyre** y **Cris**, que son hermanas, **Teresa**, la hermana mayor de **Carmen**, y **Paloma**. **Paloma** ejerce de delegada del gobierno familiar en Navarra e invita los domingos a comer a sus primos a su piso. Los cuatro más jóvenes están sentados alrededor de una mesa del Rumbos, una de las clásicas cafeterías de Pamplona donde los estudiantes tienen sus primeras citas. Los cuatro andan entre primero y segundo de carrera y tienen el mismo grupo de amigos.

—Los mayores nos encargamos unos de otros —afirma **Pablo**—, y de los pequeños se ocupan sus padres, no los abuelos.

Esa es una de las tesis que defiende **Leopoldo** en *Abuelos al borde de un ataque de nietos*. Después de publicar sobre economía y criar hijos, empezó a escribir sobre ser abuelo. Tiene otros títulos divertidos como *Yo de mayor quiero ser joven* o *Cómo hacerse mayor sin volverse un gruñón*. Eso último, lo de no volverse un gruñón, quizá no será tan fácil para las próximas generaciones, que, según dice, no van a tener pensión.

—Cuando los pobres ministros dicen «El futuro está garantizado», déjales. Eso no es ni posverdad. Pero es que tienen que comer... Con el método de reparto de España, eras joven y trabajabas para los viejos de entonces con la idea de que cuando fueras viejo los jóvenes de ahora te pagarían. Pero ocurren dos cosas. Una: que en Europa hemos decidido no tener hijos (no lo digo por mí, es un plural mayestático); y, dos, que los viejos viven cada vez más. El plan de las pensiones tal y como está ahora tiene un futuro muy feo. A mí me parece que debemos evolucionar a un sistema de capitalización como el austriaco: te descuenta al mes lo que sea la seguridad social y eso se mete en un fondo que es tuyo. El tío de ochenta años todavía se muere cobrando, pero al de treinta hay que decirle que se monte un plan de pensiones ahora. La gente te dice: «Ya, claro, y les hago el negocio a los bancos». Me da lo mismo. Tú haz negocio con quien quieras, pero prepárate algo porque, si de aquí a treinta años no puedes vivir, tampoco podrás decir que la culpa es del banco. No, la culpa será tuya.

Los nietos tienen veinte años y viven instalados en la carcajada, como cualquier congénere de su edad. No son, en fin, peque-



Con doce hijos y cuarenta y nueve nietos, el humor es una adaptación evolutiva necesaria para sobrevivir. Leopoldo Abadía aprendió de su madre el optimismo y lo predica en libros como *Cómo hacerse mayor sin volverse un gruñón*.

ños gurús económicos ni activistas de las familias numerosas. ¿No están cansados de ser los nietos de?

—No, yo encantada —dice **Cris**, que ya se ha terminado su cerveza.

—Es que la fama del abuelo no es *en plan* la fama de un actor —puntualiza **Carmen**, de la rama mexicana—. Es mucho más *chill*. Hace cosas muy buenas y cae muy bien.

—A mí me encanta ser su nieta, eh, estoy muy orgullosa —tercia **Leyre**, la hermana mayor de **Cris**.

—Sí, pero luego igual... —titubea **Pablo**—. Me da rabia cuando sacas una buena nota y hay quien dice: «Claro, como es nieto de **Leopoldo**...».

Pablo trabajó durante un tiempo con su tío **Gonzalo**. Acompañaba al abuelo a sus conferencias, le organizaba la agenda, escuchaba siempre las mismas anécdotas, como la del torero que se encontró en el ascensor de un hotel. Se ve

que el torero volvía hecho polvo de la corrida y su subalterno le dijo que no hacía falta que torease la tarde siguiente, que lo cancelarían. «No, no —dijo el torero—, tengo que hacerlo por la gente».

—El abuelo siempre cuenta esa anécdota —confiesa **Pablo**— que por lo visto le ayudó a no sé qué. Ya no me acuerdo, de tantas veces que lo he escuchado.

Todos se vuelven a reír.

Los nietos tienen un grupo de WhatsApp que se llama «El ninja y sus chavales». Según el abuelo, en el chat «ellos hablan durante el día y yo les contesto por las noches». Según sus nietos, es una especie de agenda familiar en la que su abuelo les recuerda las fechas importantes y las que no lo son tanto. Hoy hace veintitrés años que falleció la bisabuela **Águeda**. Hoy se cumplen treinta y cinco años de la primera confesión de la tía **Cris**. Ellos le cuentan qué han hecho esa jornada, le mandan fotos de sus actividades.

—El otro día —cuenta **Leopoldo** sentado en el sofá de su casa— les puse: «¿Dónde estáis?». En Roma, en Atenas, en México... Y yo pensaba: «Esto antes se llamaba viajar». Pero ahora ya no. El de Roma había cogido un vuelo de RyanAir a casa de un amigo y por 33 euros había ido, había estado y había vuelto. Lo que hace la globalización es que antes los barrios

de Barcelona se llamaban Pedralbes o Poblenuou y ahora se llaman Londres, Shangái o Washington.



A sus 86 años, **Leopoldo Abadía** ve muy bien todo esto de la globalización. ¿Es más difícil ahora que hace cincuenta años encontrar un buen trabajo y formar una familia?

—No. Pero tienes que estar dispuesto a moverte, a vivir en Guatemala tres años y luego otros tres en Alaska, y hay que hablar el inglés como el castellano.

Lo suyo, dice, fue parecido, salvando las distancias. **Abadía** nació en Zaragoza en 1933 en una familia formada por su padre, su madre y él. La Guerra Civil la pasó como en *La vida es bella*. Con tres años, cuando los aviones sobrevolaban la ciudad y sonaban las alarmas, su padre se lo subía a caballito para bajar cantando al refugio antiaéreo. De su madre aprendió a vivir el optimismo tal y como él lo entiende, «que no es decir que no pasa nada, porque pasan muchas cosas. El optimismo es luchar con uñas y dientes para salir adelante de una situación concreta».

—Cuando salía del colegio —recuerda— me sentaba en una mesa, y mi madre se ponía al lado a hacer vainica o a leer, y yo a estudiar. Y cuando habían pasado veinte minutos, «¿Te lo sabes? A ver». Y me tomaba la lección. «Todavía no te lo sabes, sigue». Mi madre me ense-

ñaba que lo que no me sabía me lo sabría; que lo que me fallaba no me fallaría. Nunca me dejó rendirme.

Su familia vivía de una tienda de ropa. En 1950 su padre le dijo: «Si te animas a estudiar ingeniero textil, cuando acabes nos montamos tú y yo una fábrica de confección». El **Leopoldo Abadía** de diecisiete años no sabía ni lo que era una fábrica de confección, pero aceptó y le mandaron a Barcelona en avión. Apenas llegó a tratar «de hombre a hombre» a su padre, porque murió en un accidente cuando él tenía veintiún años y estudiaba en Barcelona.

Al principio lo repetía mucho, que él no es economista, que es ingeniero textil, pero los periodistas no le hacían ni caso y él dejó de decirlo. Para ser sinceros, cuando inauguraron la facultad de Económicas en Barcelona, se matriculó en la carrera y solamente aprobó dos asignaturas: Derecho Civil e Historia de la Economía Fundamentalmente Moderna. De aquella época en blanco y negro data también el prolegómeno de su historia de amor con **Elena Jordana**.

Él había quedado con otra moza, pero en la España de los cincuenta un chico y una chica no salían solos, así que él fue con un amigo y ella con **Elena Jordana**. Y, caray, la que le gustó fue la otra.

—En un guateque me abrió la puerta **Elena** —recuerda—. Cuando la vi pensé: «Ya está». Nos pasamos toda la noche hablando. Eso fue un 30 de marzo. El 3 de abril le pedí para salir, el 7 salimos otra vez, el 18 me declaré, el 24 me dijo que sí y fijamos la fecha de la boda. Y la cumplimos con un día de retraso, porque la iglesia estaba ocupada.

En Zaragoza, en aquella época, sucedía un fenómeno de interés turístico regional: el *encierro de las Jordanas*. **Elena** tiene cinco hermanas, y hubo un momento en que las seis tenían novio. Y los seis novios dejaban en casa a las seis hermanas a las nueve y media. Ella estudiaba Medicina y le explicó que no se podía casar hasta que terminara la licenciatura. Pero se ve que se lo pensó mejor y a los quince días dejó la carrera.

—Ahora que han inventado la conciliación no se enteran de que ya la habíamos descubierto hace muchos años. Ella se quedó de directora general responsable de aprovisionamiento, logística, recursos humanos, administración y finanzas. Y yo, de director comercial: traía los pedidos a casa. ¡Y funcionaba! Perfectamente.

Leopoldo viajó mucho. El matrimonio se esforzó para que los niños no lo acusaran. Si tenía que hacer en una semana Madrid-Sevilla-Bilbao, no empalmaba: iba a dormir a casa. Hacía Barcelona-Sevilla, Sevilla-Barcelona. Al día siguiente Barcelona-Bilbao, Bilbao-Barcelona. El objetivo del plan no era dormir en casa, sino que los hijos lo viesen todos los días, así que



Hasta los setenta y cinco, Leopoldo Abadía no publicó nada, pero a esa edad le asaltó la musa y desde entonces ha editado doce libros, incluido el que está reescribiendo a raíz del coronavirus.

su madre no los dejaba acostarse hasta que el papá volviese de trabajar.

—Llegaba a la una... Los niños estaban cansados, pero me estaban esperando. Yo estaba tres minutos con ellos porque no podía con mi alma, les daba un beso, rezaba con ellos, los acostaba... ¡y adiós! Mis niños nunca supieron que papá no estaba. Te cansabas mucho, era quizá un poco más caro. Pero lo que había que hacer era querer, y querer con esfuerzo.

Querer con esfuerzo. En el fondo ese es el planteamiento del matrimonio **Abadía-Jordana**, la receta con la que han sacado adelante a sus doce hijos. **Leopoldo Abadía** tiene una «mítica conferencia», como dicen sus hijos, que se titula *26 cosas que hay que hacer para que una familia funcione bien*, y que ya impartía mucho antes de ser un gurú. Cuando se enteraron los de Espasa le propusieron hacer un libro con eso, pero escucharon mal al teléfono y la primera propuesta de portada

llevaba como título *36 cosas que hay que hacer para que una familia funcione bien*. Por no decepcionar a su editora, **Abadía** se propuso inventar diez puntos nuevos y al final le salieron cincuenta y tres. Así que el número no es importante. Es un poco como lo de los diez mandamientos que se resumen en dos. Al final, el resumen de las cincuenta y tres, o treinta y seis, o veintiséis cosas que hay que cumplir es ese: querer con esfuerzo. O, dicho de otra forma que **Abadía** emplea en sus conferencias para despertar la atención del público (la primera vez que lo dijo fue en un teatro en Sevilla que produjo jugosos titulares): el matrimonio tiene que hacer el amor todos los días. Cuando se acaban las risas, los codazos y las miraditas suplicantes o angustiadas, él termina su frase. «El matrimonio tiene que hacer el amor todos los días, todas las horas, todos los minutos, todos los segundos».

—Hombre, claro —explica desde su sofá—, el amor se fabrica día a día. Cuando estás recién casado, el amor es de una manera. Y luego se mantiene y va aumentando, pero hay que cuidarlo.

También en los momentos difíciles. Especialmente en los momentos difíciles. Como cuando, en 2012, **Elena** pasó un cáncer en la boca muy duro y estuvo desde julio hasta octubre ingresada en la Clínica Universidad de Navarra.

—Yo ahí vi que éramos una familia de verdad —dice su nieto **Pablo**. Detrás de él, a través de la ventana, se ve la Clínica—. Cómo se iban turnando los hijos para cuidarla.

—La operación duró dieciséis horas —recuerda **Carmen**.

—Aquello fue cuando más famoso era el abuelo —apostilla **Pablo**—. Es como que la vida te da pero te quita, y luego te da más, porque la abuela ahora está perfecta.

Esas cosas, dice **Leopoldo**, primero hay que digerirlas. Y en ese proceso de digestión ayuda mucho tener una familia normal. También ayuda la fe, que es algo que se vive en casa de los **Abadía**. En *36 cosas que...* escribe: «No sabéis lo agradable que es llegar a casa y que un chavalín te abra la puerta y te diga: “Papá, ¿qué tal ha ido en esa cosa tan difícil que tenías que hacer hoy? Yo he rezado mucho por ti”».

—Hablando del cáncer, recuerdo que una vez estaba agobiada con la uni —sigue contando **Carmen** en el Rumbo— y le mandé un audio *en plan*: «Abuelo, estoy agobiada». Él siempre contesta: «Carmen, guapa», y ya está, esa es su contestación. Pero esa vez me dijo: «Vete a la ermita y pídeselo a la Virgen del campus, que hace milagros». Desde entonces, cada vez que me siento así, me acuerdo de la abuela y voy un rato a la ermita.

El despacho de **Leopoldo Abadía**, en su casa de Barcelona, no es muy grande. O no lo parece porque las estanterías están a rebosar y llegan hasta el techo, y las paredes también están llenas de fotos, de recuerdos, de recortes de prensa, de premios. Y la mesa está llena de papeles. Más que un despacho es un baldaquino barroco. Pero en ese mar indiferente de pequeños objetos llama la atención una imagen de **san José** dormido al que se le ha descolgado la corona. No solo por ver al santo patriarca en esa postura inusual, sino porque debajo de la talla se asoma un sobre salmón de la Junta Electoral, de los de votar a los senadores. Y no es que el caballero le deje al santo tomar la decisión de su voto, sino que no tenía otro sobre a mano y utiliza ese para escribir sus oraciones y encomendárselas. Den-

tro de unas semanas, cuando estalle la pandemia del covid-19, **Abadía** escribirá: «Que esto se acabe pronto con las menos bajas posibles. Ninguna, si puede ser». Y guardará el papel en el sobre salmón.

—Mis nietos, a veces, ponen sus peticiones en otro sobre y lo colocan también debajo de **san José** junto a las mías —cuenta.

El salón es ancho, luminoso, limpio, exquisitamente decorado como se decoraban las casas antes de Ikea: es decir, con muebles, cuadros, alfombras, marcos, fotos, libros dispuestos en un orden difícil de clarificar para una mente minimalista acostumbrada al mueble nórdico y a las mesas Lack o Lisabo. Hay dos sofás negros, puede que tres, y tres mesitas, tal vez dos. En una de ellas hay un ejemplar de *Tintín y las joyas de la Castafiore*. **Elena** no aparece en el salón. Últimamente no se encuentra demasiado bien. Habla regular y come difícil, pero mantiene viejas costumbres como ver los partidos de tenis o el *Pasapalabra* o llevar en el ordenador las cuentas de la familia. Sus nietos la describen con sustantivos en vez de con adjetivos: elegancia, porte, distinción, humildad.

—En sesenta y dos años que llevamos casados solo he visto a mi mujer nerviosa dos veces —explica su marido—. Con las miles de personas que han venido a casa y que siguen pasando por aquí, ella sabe dar importancia a lo importante. Y lo importante es que nos queramos todos. Desde el cáncer, por las noches está muy cansada. El otro día me dijo: «Entre tú, que no oyes, y yo, que no hablo, imenudo matrimonio!».

—¿Han sido felices?

—¡Muchísimo!

Ya están vacías las cañas. El camarero ha traído unas bravas y la cuenta.

—Los abuelos están enamorados —se lanza **Leyre**.

—Son el espejo en el que me miro —tercia **Pablo**.

—Se quieren un montón —interrumpe **Carmen**— y se nota en detalles, en gestos... El abuelo siempre está pendiente de la abuela. Ella siempre va la primera para todo.

—Cuando vine a la uni, la abuela me dijo: «No hables de política» —sigue **Pablo**—. Igual también os lo dijo a vosotras.

—Sí —responde **Carmen**—. No hables de política y nunca dejes de ir a misa por pereza.

Por lo visto, **Leopoldo** es el primero que no le hace caso a su mujer. No por la misa, a la que asiste a diario, sino por lo de la política, sobre la que escribe con frecuencia en sus artículos y también en su nuevo libro, *Sonriendo bajo la crisis: claves para animar a un mundo preocupado*. A decir verdad, de ese libro solo se han impreso quince ejemplares: doce para los hijos, uno para **Elena**, otro para el archivo familiar y uno para el Rey



Leopoldo Abadía acumula en su despacho decenas de recuerdos de toda una vida, desde la orla de su graduación hasta una foto con el rey Juan Carlos, pasando por la hoja, amarilla ya, en la que escribió una de sus primeras conferencias.

—**Leopoldo Abadía** siempre le manda un ejemplar de lo que escribe al Rey—. Una tirada exigua porque el coronavirus lo ha desbaratado todo y **Abadía** se ha tenido que sentar a escribir «treinta y tantas páginas más» para explicar algo de las consecuencias de la pandemia. En el libro vaticina una nueva crisis económica, pero no solo eso. A través de un método sencillo, una lista de cosas que ahora ocurren y hace quince años no —las *fake news*, el *procés* o **Donald Trump**— apunta al relativismo como un cambio de paradigma que ha venido para quedarse. Pero *cambio de paradigma* le parecía muy cursi y lo bautizó *el cambiazo*.

—Será fácil incluir las páginas nuevas, porque ¡fíjate si ha habido *cambiazo*! —dirá **Leopoldo** meses más tarde, desde el confinamiento impuesto por la pandemia.

A pesar de no haber publicado ningún libro hasta los setenta y cinco, con este

ya van doce. Desde 2008 no ha dejado de escribir. Esta misma tarde, cuando se levante de la siesta, tiene que terminar un artículo para *La Vanguardia* y todavía no sabe de qué tratará. A todo esto, lo del *whisky* se ha ido alargando y finalmente han decidido comer aquí, en el bar de la esquina. **Leopoldo** ha pedido unas lentejas que han aparecido en un plato tamaño abuela con el que podrían comer tres o cuatro personas.

—Y me lo tienes que pasar primero para que lo optimice para el SEO —le recuerda **Gonzalo**.

—El SEO, el SEO... —se queja él—. Yo no sé nada de eso. Escribiré el artículo y luego tú ya haces lo que quieras con él. Pero después de la siesta.

Se le ve apurado con las lentejas. La camarera confianzuda ha terminado su turno, se ha cambiado y se despide antes de marcharse. Un chico joven ha venido a sustituirla y **Leopoldo** le pide que le ponga las lentejas en un *tupper*: no ha podido con ellas.

—En esta casa —dice— la comida no se tira. **NE**

CORONAVIRUS

«En una sociedad individualista, la pandemia está despertando un movimiento de solidaridad»

Algunas semanas después de las entrevistas que originaron este perfil, la pandemia del covid-19 impuso en España el estado de alarma y no dejó indiferente a nadie. A **Leopoldo Abadía** tampoco. La presentación de *Sonriendo bajo la crisis* se canceló y se destruyó la tirada, y él tuvo que sentarse a escribir un nuevo capítulo para tratar de aventurar el alcance del *cambiaz*, un término que inventó en 2019 para definir el mundo en esta década y que ha encontrado una nueva perspectiva con este virus. Al mismo tiempo, confinado en casa, se ha dedicado a grabar vídeos cortos en los que contagia optimismo y anima a servir a las personas que uno tiene cerca.

¿Ha sido el coronavirus el detonante de ese *cambiaz* del que habla usted en su libro?

Yo había hecho una lista de, no sé, treinta cosas que no pasaban hace quince años... Y el coronavirus es lo único que faltaba. Tendrá muchas consecuencias de todo tipo: sociales, políticas, espirituales, económicas (económicas, todas las que quieras)... Brutal. Con lo del *cambiaz* me quedé corto, y ahora ya no sé cómo se puede llamar... ¿El *supercambiaz*? Las transformaciones de las que yo hablo en el libro van a sonar ridículas: las redes sociales, el *procés*, las *fake news*...

¿Va a tener que borrar alguna página de lo que ya tenía escrito?

No, no. Cero. Yo no quito nada. El otro día lo estuve hojeando y... lo único que pasa es

que vamos a poner una especie de prólogo y una última parte. Simplemente añadido.

¿En qué nos va a afectar esto?

En este confinamiento vivimos de una manera totalmente distinta a nuestra vida normal; en casa te cruzas por el pasillo muchas veces con las mismas personas. El otro día el doctor **Flaquer** decía que hay que hacer la *sonrisa del pasillo* —ya se ve que lo sanitario está en unas manos buenísimas; esta gente se está matando a trabajar de manera heroica—. Es una oportunidad para relacionarnos más con nuestra familia, con nuestros amigos, por teléfono... Hay que ocuparse de ellos porque muchos lo están pasando mal.

A mí lo de los balcones me entusiasma. Me asomo por la parte de atrás, que hay un patio de manzana, y ya me he hecho amigo

de las señoras de enfrente, que antes no sabía quiénes eran. Me da la sensación de que esto está despertando un movimiento de solidaridad, de cariño a los demás, de decir «todos lo estamos pasando mal, pues venga, vamos a apoyarnos unos a otros». Y eso es muy bueno. En una sociedad individualista y egoísta, una contrariedad como esta seguro que tiene que venir bien.

¿Y en cuanto a nuestro bolsillo?

En lo económico lo vamos a pasar muy mal durante mucho tiempo. Por eso es bueno que nos demos cuenta de que no podremos seguir viviendo como hasta ahora.

Por otra parte, esto debería servir para fortalecer a la Unión Europea. Un asunto que a mí me entusiasmaba hace años y que ahora vuelve a engancharme es el tema de los eurobonos. Antes, cuando España pedía prestado, es decir, cuando emitía deuda y sacaba bonos, avalaba España. Con el eurobono, España pide prestado y avala Europa, con lo cual nos sale mucho más barato y además tenemos mayor facilidad de financiación. Eso, a los países que se llaman a sí mismos *frugales* (Alemania, Holanda, Finlandia, me parece que la República Checa también) no les gusta. Aquí la labor política del Gobierno español es muy importante.

¿Lo estamos haciendo peor que otros países?

Ayer leí que en Estados Unidos han puesto 1,8 billones de euros para ingresar directamente en las cuentas corrientes de la gente, sin pasar por bancos ni nada. O sea que un ciudadano de repente se encontrará con un cheque o una transferencia en su libreta.

En cambio, lo que hacemos en España es *movilizar* no sé cuántos millones, una idea que tiene su trampa. A los bancos les obligaron a poner en el avance, además del capital, unos colchones anticrisis por

si viene otra como la de 2008. Ahora dicen que este dinero intocable se puede movilizar en forma de créditos. Pero claro, tú lo pedirás y el banco estudiará tu situación, y a lo mejor no te lo dan porque no se fían de ti. Lo de movilizar a mí no me convence; me gusta más lo de América. Esto, al final, se traduce en darle vueltas a la maquina y fabricar dinero. ¿Has visto *La casa de papel*?

Un capítulo me parece que he visto.

La casa de papel al final son unos atracadores que entran a la fábrica de la moneda y crean dinero, mil millones. Con lo cual es un atraco que no es un atraco. Y aquí lo que hay que hacer es igual. Pero, en vez de mil millones, unos pocos más. ¿Qué pasará con eso? Que habrá una inflación brutal luego, que el euro se depreciará, que podremos vender mejor en China...

Pero habría que poner de acuerdo a toda Europa para hacer eso.

Sí, pero, como la que tiene la llave es **Lagarde**, eso ya estaba puesto en marcha, no recuerdo por cuántos millones, pero por muchos. Yo creo que vamos a vivir un gran cambio.

Y desde el punto de vista del dinero, para la gente, ¿esta crisis va a ser igual, mejor o peor que la anterior?

¡Peor, peor! No tienen ni punto de comparación. La otra vez fueron unos sinvergüenzas que hicieron una estafa, punto. Sabiendo la cuantía del fraude se podía calcular cuánto iba a durar. En las conferencias yo decía en broma que si se tratara de quinientos euros, los ponía de mi bolsillo y se acababa la crisis. Pero esto es otra cosa: una revolución total que no se sabe cuándo terminará...

Mira, hoy [1 de abril] he publicado un artículo en *La Vanguardia* que se titula «Lo que la experiencia me dicta», y digo que lo que la experiencia me dicta es lo mismo que le dicta a **Trump**: nada. En una crisis



«Es una oportunidad para relacionarnos más con nuestra familia, con nuestros amigos por teléfono... Hay que ocuparse de ellos porque muchos atraviesan una situación complicada»

«En lo económico lo vamos a pasar muy mal. Por eso es bueno que nos demos cuenta de que no podremos seguir viviendo como hasta ahora»

económica la gente tiene experiencia, pero esto nadie lo ha visto nunca. Aquí hay que ocuparse primero de la salud. Luego están las cuestiones económica y social. Pero, claro, hay muchas personas que ya no han cobrado el sueldo de marzo. Aquella crisis fue mucho más limitada. En 2008 a algunos, a los que les agarró más fuerte, los arruinó, pero no a todos. Esta es brutal: veas a quien veas, le está afectando. Tú no sabes si vas a cobrar mañana y yo no sé si me voy a morir mañana. Esto es lo que hay.

Habrà que apretarse el cinturón...

Pues sí. Esto lo decimos por sentido común, en realidad, no porque tengamos experiencia. La anterior pandemia fue la gripe española. ¿En qué año fue eso? ¿Y la peste? ¡Y las plagas de Egipto! Nadie

que viva ahora tiene experiencia de otra pandemia. Por tanto, ¿hay que apretarse el cinturón? Sí. Dinero no te va a sobrar.

Y, oye, o le echamos un poco de optimismo a esto o no sé yo...

Usted transmite una visión positiva en los vídeos que está grabando estos días.

¡Por eso lo estoy haciendo! El otro día, hablando con mi hijo **Gonzalo**, le decía que son vídeos para animar al personal. Lo que no podemos hacer ahora es quejarnos e ir por ahí diciendo lo mal que está todo y que esto se hunde. No, porque nunca se hunde nada. Entonces, o empiezas a decir que aproveches esto para conocer mejor a tus hijos, para hablar más con tu mujer o si estás solo para estudiar una carrera, o si no... Yo tengo un amigo de ochenta y tantos que está estudiando Bellas Artes. El otro día estaba preocupado porque tenía que hacer un dibujo con perspectiva cónica y no sabía hacerlo. [*Se ríe*]. El tío ahora tiene más tiempo para estudiar. De eso van estos vídeos: cada día les digo un par de cosas. Ayer les dije que prohibido *reblar*. *Reblar* es una palabra castellana que se usa mucho en Aragón y quiere decir achantarse, echarse para atrás, retroceder, rendirse. Prohibido, prohibidísimo. Lo que no puede ser es decir: «Esto se hunde, por lo tanto yo me muero». No, no, no. Calma.

¿Usted cree que conseguirá explicarnos esta crisis tan bien como la anterior?

No-lo-sé [*remarca las sílabas*]. Lo que he contado es todo lo que sé. Hay un problema económico, social, espiritual... Una cosa que me ha llamado la atención es que nadie en España ha mencionado públicamente a Dios, ¡nadie! El otro día en televisión aparecieron unas niñas saharauis y una de ellas, pobrecita mía, dijo: «Los saharauis rezamos por España». Y yo pensé: «¡Dios mío, menos mal que hay alguien que reza!».